

Nueva York, Años 70

La ciudad de Nueva York hacía que te sintieras desamparado. La guerra de Vietnam aún seguía causando estragos, Nixon y el escándalo Watergate alimentaron el escepticismo de la gente, cada vez más resentida con el gobierno y crítica con sus líderes. La crisis del petróleo asestó un duro golpe a la economía del país, donde cada ciudadano sufría para llenar el depósito de sus coches. Justo en aquella horquilla de tiempo, marcada por el cinismo y la precariedad, Nueva York mostraba un aspecto terrible con edificios abandonados, servicios públicos poco fiables, suciedad y decadencia.

Grandes áreas parecían ciudades europeas que hubieran sido bombardeadas en la Segunda Guerra Mundial, bloques enteros derrumbados, a veces varias manzanas, sin que nadie se molestara en reconstruir o retirar los escombros, daban idea del abandono espectacular de Nueva York en ese tiempo. Un día de 1973 una sección entera de la autopista elevada del West Side se desplomó dejando la infraestructura inservible; la ciudad entera se estaba desmoronando.

El Washington Market, el mercado central de alimentos, se trasladó al Bronx por decisión del ayuntamiento y la zona que antes ocupaba cerca del río Hudson dejó muchos edificios vacíos. Sus fachadas de hierro fundido fueron reconocidas como un bien patrimonial y el distrito pasó a estar protegido. En aquella zona, el Soho, los artistas crearon vanguardia: muchos jóvenes irán a Nueva York atraídos por ese dinamismo, universitarios recién graduados que deseaban experimentar y crecer, probar cosas nuevas y abrirse camino. En el Nueva York de aquella década habrá fotógrafos, músicos, escritores, buscavidas, bohemios empedernidos; a su alrededor gente arruinada, perdida y desesperada, subsistiendo a duras penas y luchando para no ser engullida por la pobreza. De ellos trata este relato.

Nueva York nunca fue un lugar fácil para vivir. Una megalópolis abarrotada sin el encanto atemporal de otras ciudades, habitada por trabajadores rudos y a menudo desconsiderados, groseros. Y sin embargo, la suciedad que les rodeaba confería a los neoyorquinos una cierta cualidad esencial: más que resignados, parecían esposados a la ciudad a la que pertenecían. Para un verdadero neoyorquino amar y odiar son similares; a mayor padecimiento, mayor pasión. Y en aquella década pasaron un auténtico calvario: más que un vía crucis, fue una maratón horrible. Ocho millones de personas gritaban de angustia cada día, se arrojaban a la calle sabiendo que morir era una posibilidad más que plausible, vivían al filo y de alguna extraña manera parecían disfrutarlo.

Había emoción, entusiasmo, receptividad. El peligro era palpable, como una corriente eléctrica que se transmitiera de un neoyorquino a otro y los mantuviera conectados, vibrando. Un sentimiento compartido de camaradería, abandono, éxtasis y locura transitoria. Ojos que lo han visto todo, píguiles que posponen indefinidamente el momento de renunciar al ring y retirarse, chavales que conocen todas las palabras del diccionario, incluso las prohibidas, camareras que hacen doble turno y trabajadores que compaginan dos empleos para pagar los estudios de sus hijos, conviviendo con los desarraigados, los heroinómanos, los criminales reincidentes y los que viven del aire. Los que habitaron allí, en ese tiempo determinado, ahora lo añoran porque se ha extinguido, ha desaparecido. Nueva York era un estercolero sembrado de virtudes, una ciudad dramática, un aquelarre contemporáneo: como soldados que vuelven del frente, los viejos neoyorquinos nunca estuvieron tan vivos como cuando moraban en el campo de batalla. Y recuerdan, estremecidos, cuando Nueva York era la ciudad más enervante, la más vigorosa del mundo.

Vista panorámica

Nueva York. Un monumento geométrico de hormigón, cemento y acero que toca los cielos pero que también se hundía en su propio sumidero, oscuro como el hollín.

Las calles estaban sucias, repletas de basura que se acumulaba en las esquinas, en los solares arrasados y los descampados donde se apilaban los escombros como en un vertedero. El orden social se estaba viniendo abajo y los ciudadanos lo sabían. Viajar en el metro resultaba aterrador, los vagones deteriorados estaban cubiertos de carteles informativos que recordaban a los pasajeros que no perdieran de vista sus pertenencias porque había incontables asaltantes rondando alrededor y se instalaron espejos en los andenes para que los usuarios pudieran ver quién se hallaba al otro lado antes de doblar la esquina de cualquier pasillo. El patrimonio de la ciudad se estaba perdiendo a ritmo vertiginoso, incluso los principales edificios e infraestructuras: los puentes que cruzaban el East River se oxidaron hasta quedar inservibles y la Grand Central Terminal presentaba un aspecto desolador, como si apenas hubiera resistido a una hecatombe.

Coches abandonados en las aceras, convertidos en chatarra junto a un charco de aceite mezclado con cristales rotos, servían como diversión infantil en vez de toboganes y columpios para los muchachos asilvestrados de los barrios pobres. La delincuencia y los crímenes violentos se habían incrementado de forma implacable. El número de asesinatos se duplicó en apenas una década, igual que los asaltos. Las violaciones se triplicaron y los robos habían aumentado abrumadoramente un mil por cien. Los visitantes que llegaban a la urbe eran recibidos con un folleto de mano extraño y aterrador, un

panfleto que servía como guía de supervivencia con el título «Bienvenidos a la Ciudad del Miedo» donde se proporcionaban una serie de consejos prácticos para salir de la ciudad con vida: no alejarse del centro de Manhattan bajo ningún concepto, no usar el metro como medio de transporte, no pasear fuera de lugares concurridos pasadas las seis de la tarde. Nueva York en los años 70 era, sin lugar a dudas, una ciudad peligrosa: la Ciudad del Miedo.

Pese a la inseguridad y la crispación permanente, también era una ciudad en ebullición, apasionante. En estado de semi abandono y ruina económica, sus barrios estaban rebotantes de vida. Una vida caótica y desordenada, anárquica, por donde deambulaban los bohemios, los pandilleros, las prostitutas y sus chulos, los artistas, los indigentes, drogadictos y traficantes, la gente más extraña y desubicada, los inmigrantes de mil y un procedencias, los poetas, músicos altivos y tenaces estudiantes de arte dramático: una rara y vibrante mezcla de personas inquietas, habituadas a cualquier cosa, que se llamaban a sí mismos neoyorquinos (figura 1).



Figura 1. Familia asomada a la ventana de su vivienda en el Lower East Side. Fotografía de Camilo J. Vergara. Fuente: Library of Congress

Tal vez nunca hubo una ciudad más palpitante. A la deriva pero a la vez en el ojo del huracán, Nueva York era un cosmos en sí mismo. Ir por sus calles era caminar en la cuerda floja. Cada callejón turbio podía conducir al desastre. Las miradas extraviadas transmitían unas veces lascivia, otras curiosidad, precaución o temor, y algunas veces también orgullo, complicidad, diversión, gozo.

Había zonas de la ciudad a las que nadie en su sano juicio iría nunca, áreas enteras convertidas en puntos negros de un mapa imaginario que convenía tener muy presente. No ibas al Bronx, no ibas a Brooklyn, definitivamente no ibas a Harlem, no ibas a Long Island. Howard Beach tampoco era recomendable. Times Square y la Calle 42 era el centro neurálgico, la encrucijada donde los peores arrastrados coincidían con los turistas en un escenario recargado lleno de Cines X, mujeres haciendo la calle y habitaciones por hora. En sus alrededores, Hell's Kitchen estaba también atestado de prostitutas de todas las edades y sus chulos, vigilantes como perros guardianes. Desde el extremo sur de Central Park en Columbus Circle hasta los muelles del río Hudson, más valía que supieras usar los puños si querías seguir entero. Chinatown, el Village, el Lower East Side y Alphabet City eran de los drogadictos. Cualquier parque público era una ruta suicida. Los transexuales y pervertidos acudían al Meatpacking District en el extremo norte de la ciudad. Bushwick y Williamsburg estaban tomadas por los pandilleros, acechando a las víctimas potenciales desde las madrigueras que convirtieron en sus fortines. En Park Slope los peatones caminaban sorteando los viales de crack en las aceras cada mañana que llevaban a los niños a la escuela o se dirigían al trabajo. En Prospect Park sabían que no podían alejarse de las calles más concurridas y los portales de sus casas, ir algo más allá era tentar a la suerte. Forest Hills en Queens se consideraba un lugar bastante tranquilo pero Rego Park, al lado suyo, no lo era tanto: aproximarse a Lefrak City era jugársela. Brooklyn Heights, Cobble Hill y Carroll

Gardens eran seguros. Bay Rindge podía serlo para sus vecinos, no así para los visitantes.

Desde Greenwich Village en el lado Oeste hasta el Bowery en el Este, Manhattan entera era una ruleta rusa con forma de cuadrícula. Era la propia diversidad de los barrios la que, como la paleta de un pintor expresionista, daba a la ciudad una rica gama de colores que al anochecer o al percatarse del peligro los transeúntes hacía que virase al claroscuro. Podías buscar a un corredor de apuestas en Lafayette Street la víspera de un partido en béisbol o un combate de boxeo, para luego comer un buen plato de albóndigas con espaguetis en cualquiera de los restaurantes caseros de Little Italy. Podías tomar el metro hasta Yorkville y pedir unas salchichas con chucrut regadas con una buena cerveza de barril en el Upper West Side. Alrededor de las calles Mulberry y Canal, un entramado de locales de Chop Suey entre pagodas y dragones estilizados con escamas doradas en los soportales. Para vibrar con un buen concierto de soul bastaba cruzar la calle 110 y buscar a un hermano de color. En las intersecciones, abriéndose camino en las costuras entre vecindarios, podías hallar un Little Korea con cuencos de fideos humeantes o un Little India donde el olor a curry picante se quedaba impregnado en la ropa. Cada estación de metro era un mundo distinto y todos coexistían a la misma sombra de los rascacielos.

Al filo de la pobreza, los neoyorquinos esperaban ver cumplidos sus sueños pero se conformaban con llegar sanos y salvos al día siguiente. Las huelgas de basureros, los déficits fiscales que forzaban al ayuntamiento a reducir el gasto, las tasas de homicidios y el pánico general cuando sucedía un crimen escabroso, los cortes de energía repentinos, los bloques vacíos e inhabitables, solares enteros descampados como eriales, daban como resultado una ciudad infame y maloliente, completamente desaconsejable para vivir. A pesar de ello, gracias precisamente a todos estos condicionantes, el precio del suelo era muy asequible y la clase trabajado-

ra todavía se podía permitir un piso en las muchas casas de ladrillo rojo, unidas unas a otras, que se alineaban formando robustos barrios y comunidades (figura 2). Sus habitantes tomaban asiento en las pequeñas escalinatas frente a la puerta de su edificio para conversar reposadamente las noches de verano. Los niños podían abrir una boca de incendios y provocar una lluvia torrencial improvisada en mitad del asfalto, con sus madres contemplando la escena a través de la ventana. Los adolescentes se reunían furtivamente en las escaleras de incendios en la parte de atrás de las casas, y desde aquel andamiaje con aire carcelario aún podían sentirse los dueños del barrio mirando los edificios más altos del centro.



Figura 2. Delancey Avenue, Nueva York. Fotografía de Camilo J. Vergara.
Fuente: Library of Congress

Un viajero eventual, desconocedor de lo que podría encontrar allí, tomaba un vuelo para ir a Nueva York y contemplaba la Gran Manzana desde su avión maravillándose de aquellos colosos arquitectónicos cúbicos y bulliciosos que se erigían bajo sus pies. Luego, tras aterrizar en el aeropuerto,

pasando la oficina de inmigración y el control de aduanas, competía con multitudes de recién llegados que, como él, se afanaban por subir a un taxi, y tras un paseo extenuante llegaría por fin a su hotel. Al explorar la ciudad por primera vez y adentrarse en aquella maraña ortogonal, no podía dejar de admirar las edificaciones. En la mayor parte de la urbe aún se apreciaba un estilo propio de las primeras décadas del siglo xx, en los barrios del West Side y principalmente en los señoriales bloques de Park Avenue. Por contraste, otras muchas zonas de la ciudad habían sufrido cambios acusados y su fisionomía estaba dominada por la arquitectura moderna: Wall Street, Sutton Place o el Lincoln Center. Una vez superado el asombro inicial, el viajero deja de prestar atención a los edificios y percibe la marabunta de transeúntes que recorren las aceras. La sensación de orden impuesta por los arquitectos y sus monolíticas construcciones se ve desbaratada por sus habitantes: el caos perpetuo, la urgencia y los cruces de miradas conducen al desasosiego.

Nueva York a media jornada era como mínimo intimidante. El flujo incesante de vehículos no era más atropellado que la propia agresividad de los peatones por llegar a tiempo adonde fuera, abriéndose camino decididamente por las saturadas aceras. Mientras tanto, el ruido de las obras con sus taladradoras y sus perforadoras neumáticas, las sirenas a plena potencia de los coches de policía, las ambulancias y los camiones de bomberos, aturdían y causaban el mismo efecto que una migraña para los no acostumbrados a su rugido. Golpeado por la cacofonía estridente, el viajero todavía debía esquivar las montañas de basura saltando por encima suya y posiblemente acabaría en cualquiera de las esquinas peligrosas, como se las denominaba en los alrededores de Broadway y la calle 42, que al girar conducían hacia ciertas zonas o barrios por los que se aconsejaba no circular. A mundos de distancia de Sutton Place o Beckman Place, donde se refugiaba la clase alta guareciendo sus fortunas, las clases medias su-

frían la masificación y el embotellamiento de la hora punta, o bien se desprendían de los convencionalismos para ocultarse en Greenwich Village convertidos en hippies o simplemente en consumidores de droga huyendo del ruido y el vértigo. Pese a todo, el viajero absorto, convertido ya en espectador de aquella función, no podía reprimir la fascinación, el hechizo. Y es entonces cuando se podía convertir en residente, cautivo, o peor aún, en una cifra.

No son exageraciones. La Comisión de Planificación de la Ciudad emitió un informe en el que contabilizaban alrededor de 245 negocios vinculados a la pornografía entre librerías, salas de cine, salones de masajes, hoteluchos mugrientos y *peepshows*. Y ése solo era el escaparate, el fino barniz en la capa más superficial. En 1976 se realizaron 2.383 arrestos por prostitución por toda la ciudad. De los detenidos, 1.165 tenían entre 15 y 20 años. Se calcula que había 40.000 prostitutas en Nueva York que, como Karen Baxter, de 15 años, fueron a la Gran Manzana huyendo del pueblo natal asfixiante y acabaron rebajándose para sobrevivir; Karen fue hallada en el Hotel Belmore de Manhattan cinco días después de su muerte, estrangulada por una cadena de metal. Y no era la única manera de tocar el fondo. Hasta 200.000 personas eran adictas a la heroína a mediados de la década: Bryant Park pasó a llamarse Needle Park debido a las jeringuillas usadas que podías encontrar esparcidas normalmente por el suelo como colillas de cigarrillo y hojas de árbol. El Departamento de Policía de Nueva York no era de gran ayuda, en 1971 se destapó la corrupción generalizada que reinaba en el cuerpo. Los propios oficiales de policía compraban drogas, aceptaban sobornos y se aprovechaban de las prostitutas mientras estaban de servicio. Los problemas fiscales obligaron a despedir a 50.000 agentes empleados en 1975 y las tasas de delitos mayores aumentaron según continuaban los recortes presupuestarios: la fuerza policial se reducirá un 34% mientras la criminalidad aumentará un 40% en proporción inversa. Cuando tuvo lugar

el célebre apagón de 1977 se notificaron 1.000 incendios provocados simultáneamente mientras se disparaba la violencia callejera: 1.300 tiendas fueron saqueadas en un frenesí causando 300 millones de dólares en pérdidas para la ciudad. En apenas 24 horas fueron arrestadas 3.700 personas, como si de pronto se hubiese abierto la caja de pandora y anunciaran barra libre para los desaprensivos.

No solo las calles eran inseguras. Gran parte de la delincuencia a finales de la década ocurría bajo el suelo. El ramal de metro hacia Lexington Avenue recibió el apodo de Muggers' Express (Asaltador) que los pasajeros asumían con resignación y un coraje fuera de sentido. En los dos primeros meses de 1979 ocurrieron seis asesinatos en el metro, nueve a final de año. Para el otoño ya se habían contabilizado más de 250 delitos graves en el metro cada semana, la tasa de criminalidad más alta para cualquier red de transporte del mundo (STERBENZ, 2015). Pero coger el metro, incluso en aquellas condiciones, era algo corriente para los neoyorquinos, uno de tantos deportes de alto riesgo que formaban parte de su vida cotidiana. Ya no hacía falta ni salir de casa para sentir un escalofrío y el temor atávico a salir al exterior. En el año 77 desayunaban cada mañana leyendo los periódicos y oyendo los boletines de la radio local que informaban de los crímenes del asesino en serie apodado «Hijo de Sam» que acabó con seis personas e hirió a otras siete a lo largo de trece meses. Los padres empezaron a temer por sus hijos y con razón. Dos años después un niño, Etan Patz, desapareció en el corto trayecto desde la puerta de su casa hasta la parada del autobús escolar. Se convirtió en el primer niño desaparecido cuya foto se imprimía en los cartones de leche, que la gente verá con tristeza mientras se sirva un tazón de cereales al empezar el día. Vendrán muchos más. Cifras.